

Virgilio hicieron magníficas pinturas del infierno ¹: acaso Séneca se propuso aventajarlos; pero contaminado ya su gusto y procurando sin duda dar mayor novedad á su cuadro, apuró todas las circunstancias que pudo su imaginacion ministrarle, logrando sólo, segun queda apuntado, rebajar el efecto de la situacion y relajar el sentimiento que excita y el interés que inspira el peligro del héroe.

Iguales defectos se advierten en otras muchas descripciones, en que Lucio Anneo esquivó seguir las huellas de los dos grandes poetas citados ó pretendió acaso superarlos. Habian descrito, tanto el cantor de Aquiles como el vate de Mántua, los estragos de la peste, poniendo de resalto aquellas circunstancias que haciendo menos repugnante el objeto descrito, contribuian á ennoblecerlo y sublimarlo. Séneca, apartándose deliberadamente de estos modelos, pareció complacerse en amontonar cuantos rasgos y pormenores pudo sugerirle su indomable ingenio para pintar aquel terrible azote, logrando en tal manera reducir lastimosamente las grandiosas proporciones del cuadro que intentaba presentar á sus oyentes. No otra cosa advertimos desde el comienzo del *Edipo*, cuyo primer acto no sólo está exclusivamente consagrado á reseñar todas las tristes y desconsoladoras circunstancias de tan cruda calamidad respecto de los hombres, sino también á describir con la misma nimiedad y esmero la desolacion que en los animales produce, lo cual se halla encomendado al *Coro*, con que dicho acto termina.

Otro ejemplo de situaciones falseadas y descripciones inoportunas, y será el último que citemos, nos ofrece la misma tragedia de *Edipo*: cuando el hijo de Layo, lleno de afán é incertidumbre, desea saber la respuesta del oráculo délfico respecto de la suerte de la

Nec adulta leni fluctuat zephyro seges;
 700 Non ulla ramos silva promiferos habet;
 Sterilis profundis vastitas squallet soli,
 Et foeda tellus torpet aeterno situ,
 Rerumque moestus finis et mundi ultima;
 Immotus aër haeret, et pigro sedet
 705 Nox atra mundo; cuncta moerore horrida,
 Ipsaque Morte peior est Mortis locus, etc., etc.

¹ Véase Homero, *Odisea*, lib. XI; Virgilio, *Aeneidos*, lib. VI.

diezmada y afligida Tébas, y anhelando penetrar lo porvenir, pregunta una y otra vez á Creonte, de cuyos labios pende en tal instante su salvacion ó su ruina, despues de manifestarle este que sólo cesará la afliccion de Tébas, descubierto ya y condenado al destierro el matador de Layo, se divierte y entretiene en describir el templo de Apolo, y la selva misteriosa y espantable, donde Tyresias evoca los espíritus del averno, sin olvidar la fatídica é imponente figura de aquel adivino, ni el traje singular de que se viste.

Creon dice:

276 Frondifera sanctae nemora Castaliae petens,
 Calcavit arctis obsitum dumis iter,
 Trigemina qua se spargit in campos via.
 Secat una gratum Phocidos Baccho solum,
 280 Unde altus una deserit, coelum petens,
 Clementer acto colle, Parnassos biceps;
 At una bimares Sisyphi terras adit,
 Olenia in arva; tertius trames, cava
 Convalle serpens, tangit errantes aquas,
 285 Gelidumque dirimit amnis Elei vadum.
 Hic pace fretum subita praedonum manus
 Adgressa ferro facinus occultum tulit.
 In tempore ipso, sorte Phoebea excitus;
 Tiresia tremulo tardus adcelerat genu,
 290 Comesque Manto luce viduatam trahens ¹.

Inverosímil parece, cuando menos, que tenga Edipo paciencia bastante para esperar al fin de estas descripciones, que sólo contribuyen á aumentar la cruel ansiedad que le devora, henchido su corazón de dudas y temores, aun despues de haber asegurado que

216 Ambigua soli noscere Oedipodae datur.

Tal es nuestro juicio sobre las tragedias de Lucio Anneo Séneca, transmitidas á nuestros dias. Acaso podrá creerse que somos demasiado severos con este ilustre hijo de Córdoba, á quien no es posible negar sublimes dotes poéticas. Tenia Séneca imagi-

³ Acto II. No se olvide que Horacio habia escrito ya su *Epistola ad Pissones*, y repitamos con él, al reparar en el extraño fausto de semejantes descripciones: *Non erat hic locus*.

nacion lozana, vigorosa y verdaderamente creadora: hallábase dotado del instinto de la armonía á tal punto que muy pocos poetas le excedieron en el siglo de oro, y tal vez ninguno le aventajó despues de su muerte: amaba el arte con toda la efusion de un alma nacida para el arte; pero sobre mostrar demasiado apego á la belleza de pormenor y de forma, cuya estimacion exagera, amaba con mayor ímpetu la independenciam de su espíritu, y esta consideracion suprema le empeña en el propósito de crear para sí un mundo y un arte nuevos en medio de la decadencia del arte y de la corrupcion que contagiaba al mundo. Así, cuando acude á la literatura griega, altera y desnaturaliza, creyendo sublimarlos, los grandes tipos de la epopeya y de la tragedia; y siendo en él más viva y poderosa la imaginacion que el sentimiento, en lugar de aparecer como poeta apacible, tierno y patético, sólo puede lucir las galas de su ingenio en el campo de las descripciones, llegando por tanto á caer en todos los extravios que dejamos notados. La poesia se hace descriptiva y declamadora, cuando no la anima ya un sentimiento verdadero: entonces habla á la imaginacion solamente, porque no le es dado enseñorearse del corazon ni excitar los afectos del alma. No emanando sus bellezas de la espontaneidad y fuerza de la pasion, estriban sólo en los matices y fugaces resplandores de la expresion material, que se resiente al cabo y adolece de la fragilidad misma de la idea, á que sirve de vestidura. Sólo esta ha quedado ya al arte, que desnaturalizado y fuera de su legítima senda, acaba tambien por adulterar tan efímeras galas, olvidada toda tradicion y proscritas al mismo tiempo las leyes fundamentales del buen gusto.

Tales son pues los principales caracteres de la poesia de Séneca; mas no pudiendo olvidar su educacion de filósofo, la misma independenciam que le lleva á levantar nueva bandera en medio del vencimiento de las letras, le impulsa tambien á desechar y abrazar simultáneamente todos los sistemas filosóficos. Salpicando sus tragedias de opuestas máximas y sentencias, donde se revela vivamente la perplejidad de su ánimo, se muestra por último á nuestros ojos preocupado por las contradicciones, que presentaban al par la religion, la moral y la política.

Pero esta ambigüedad y vacilacion que descubrimos en las obras

poéticas, no aparecen por cierto menos sensibles en las filosóficas, segun ya dejamos apuntado; siendo en verdad harto notable que mientras se ha dudado de la autenticidad de las primeras, á nadie haya ocurrido poner en tela de juicio la de las segundas. Sin embargo, no puede haber más completa unidad respecto al fondo de unas y otras, así como no puede tampoco ser mayor la semejanza de su estilo y lenguaje, aun tenida en cuenta la diferente índole y carácter de todas ellas.

Lucio Anneo Séneca se distingue no obstante como escritor polígrafo: poeta y orador desde su juventud, aspira tambien al lauro del geógrafo y del historiador, no menospreciada la gloria del naturalista; pero vencido su espíritu por el prestigio de la filosofia, si se aparta un momento de su cultivo, tórnase á ella con mayor fuerza, anhelando al par el noble galardón del moralista y del político. En uno y otro concepto se le atribuyen y han llegado á nuestras manos con su nombre las obras siguientes: tres libros *De Ira*, uno *De Consolatione ad Helviam*; dos con análogo propósito dirigidos *ad Polybium* y *ad Marciam*; los *De Providentia*; *De Tranquillitate animi*; *De Constantia sapientis*; *De Clementia*; *De Brevitate vitae*; *De vita beata*; *De otio aut secessu sapientis*; los siete *De Beneficiis* y las *Epistolae ad Lucilium*. Sólo nos es dado juzgar de su mérito, fuera de este círculo, por las *Quaestiones naturales*, perdidas para la erudicion las demás obras, que no sin fundamento se le adjudican ¹.

¹ Demás de las obras citadas, se reconoce como produccion de Séneca la *Απολογία* de Claudio César. Tambien se conserva noticia de otros tratados, al parecer no menos importantes: el diligente Rodríguez de Castro dice con este propósito: «Del libro *De Superstitione* hace mencion San Agustín, y trae de él algunas especies en el capítulo V del libro VI de la *Ciudad de Dios*; y tambien está citado por Tertuliano en el *Apologético*. La obra de *Matrimonio* está citada por San Gerónimo en el libro I contra *Joviniano*. La *Historia*, los libros de los *Morales* y los de las *Exhortaciones* por Lactancio, en el cap. XV del lib. VII y otras partes. Los *Diálogos* por M. Fabio Quintiliano en sus *Instituciones Oratorias*; y las oraciones, ó *Acciones* de causas, por Justo Lipsio. Cornelio Tácito en el libro XIV de sus *Anales* dice, que siendo Séneca ya anciano, y estando en Roma, escribió varias poesías. De las que compuso en su destierro en Córcega, hace mencion el mismo Séneca, quien dice en el capítulo IV del libro VI de las *Quaestiones naturales*,

Dominado por el influjo de su educación, aspira Séneca en todas estas producciones á una especie de eclecticismo irrealizable, amalgamando todas las escuelas y sistemas: «Lee siempre (decía á Lucilio) los autores aprobados; y si después de haberte divertido con otros, te agradare volver á los primeros, cuando hayas recorrido muchos, toma uno para que en aquel día lo digieras. Yo mismo hago también esto: de entre muchos tomo alguno. Esto es lo que en el día de hoy he hallado en Epicuro. Suelo también pasar á los reales ajenos, no como tráfuga, sino como explorador ¹.» Mas esta exploración llevaba con frecuencia al filósofo de Córdoba más lejos de la meta por él fijada, y si al dirigirse á Lucilio se mostraba tan devoto de Epicuro, no se hallaba muy distante de penetrar en los reales de Zenón, para hacer en ellos largo asiento, ni de admirar tampoco la doctrina del discípulo de Sócrates. Cansado al cabo de todos los sistemas, porque ninguno alcanzaba ya á satisfacerle, ni era posible que surgiera de todos ellos la verdad que apetecía, procura encontrarla, apoyado en sus propias fuerzas, y manifestando este propósito, escribe al mismo Lucilio: «Quien sigue á otro, nada sigue, nada encuentra, ó más bien nada busca. ¡Pues qué!... ¿No seguiré las huellas de los mayores?... Yo frecuentaré la antigua senda; pero si hallare otra más limpia y llana, esta abrazaré. Los que antes de nosotros conocieron aquellas, no son nuestros señores, sino nuestros guías. ¿Á todos está patente la verdad; todavía no ha sido poseída por ninguno. Mucho queda también de ella á los venideros ².»

«que siendo jóven escribió un libro *De Terraemotu*, y en las cartas CVI y CIX hace memoria de los libros de los *Morales*, que compuso en los últimos años de su vida» (*Biblioteca Española*, tomo II, pág. 36).

1 Probatos [auctores] itaque semper lege; et si quando ad alios divertere libuerit, ad priores redi... Et quum multa percurreris, unum excerpe, quod illo die excoquas. Hoc ipse quoque facio: ex pluribus quae lego, aliquid apprehendo. Hodiernum hoc est quod apud Epicurum naetus sum: soleo enim et in aliena castra transire, non tanquam transfuga, sed tanquam explorator (*Ad Lucilium*, Epist. II.^a).

2 Qui alium sequitur, nihil sequitur, nihil invenit, immo nec quaerit. Quid ergo? Non ibo per priorum vestigia? Ego vero utar via veteri; sed si propriorem planioremque invenero, hanc muniam. Qui ante nos ista noverrunt, non domini nostri, sed duces sunt. Patet omnibus veritas, nondum

Tales son pues los principios sobre que intenta reconstruir Séneca sus estudios; y sin embargo esta misma libertad que proclama, no es bastante á rescatarle de las contradicciones, que en todos sus libros se descubren. Si aconseja como político, le veremos negar mañana lo que hoy afirma, aun en las cuestiones de más alta importancia para el Estado: si razona sobre moral, aplaude hoy lo que mañana vitupera. Al dirigirse á Neron en su tratado *De Clementia*, procura persuadirle, con el ejemplo de Augusto, á que no solamente perdone las injurias que se le hicieren, como á hombre, sino también las que se le dirijan como á soberano ¹: temiendo acaso que la excesiva clemencia fuese causa de menosprecio, por quedar impunes los delitos del vulgo, y dar así motivo á la rebelión, dice más adelante: «Mas no debe perdonarse al vulgo, porque donde se levanta discordia entre los buenos y los malos, se sigue la confusión y el desbordamiento de los vicios. Así pues ha de emplearse aquella moderación que sepa distinguir los ingenios que pueden tener cura de los ya deshauciados. Ni conviene usar de común y vulgar clemencia, ni de inaccesible; porque tanta crueldad es perdonar á todos como á ninguno ².» Pero pasando finalmente al extremo opuesto, acaba por aconsejarle que se deshaga de sus enemigos, en esta forma: «¡Pues qué! ¿No suelen también matar los reyes? Sí por cierto; pero cuantas veces lo hacen, la utilidad pública lo aconseja ³.» Hé aquí el hombre de

est occupata: multum ex illa etiam futuris relictum est (*Ad Lucilium*, Epist. XXXIII). Toda esta epístola es importantísima bajo el punto de vista en que nos hemos colocado. Séneca ampliaba más adelante la misma doctrina, diciendo á Lucilio: «Veneror inventa sapientiae investigatoresque: adire tanquam multorum hereditatem juvat. Mihi ista acquisita, mihi laborata sunt. Sed agamus bonum patremfamiliae: faciamus ampliora quae accepimus: maior ista hereditas a me ad posteros transeat» (Epist. LXIV).

1 *De Clementia*, lib. I, cap. 9.

2 Sed non tamen vulgo ignoscere decet. Nam ubi discrimen inter malos bonosque sublatum est, confusio sequitur, et vitiorum eruptio. Itaque adhibenda est moderatio, quae sanabilia ingenia distinguere à deploratis sciat. Nec promiscuam habere ac vulgarem clementiam oportet, nec abscissam. Nam tam omnibus ignoscere crudelitas est, quam nulli (*De Clementia*, lib. I, capítulo II).

3 Quid ergo? Non Reges quoque occidere solent? Sed quoties id fieri, publica utilitas persuadet (*De Clementia*, lib. I, cap. XII).

Estado en contradicción consigo mismo: Neron, desechando como inútiles las primeras amonestaciones del moralista, mostró en su conducta que no olvidaba las doctrinas del político.

Ni dejó este de contradecirse en otras muchas cuestiones de igual trascendencia. Pareciendo acatar las virtudes públicas de los antiguos romanos, asentó que era bastante título á las honras y distinciones del Estado el haber nacido de padre ilustre: «¿Qué »hizo cónsul al hijo de Ciceron (exclamaba) sino su padre?... Y »recientemente ¿qué trajo á Cinna al consulado desde los reales »enemigos?... ¿Qué á Sexto Pompeyo y á los demás Pompeyos, »sino la grandeza de un solo varon? ¹» Á lo cual añadía: «Por »respeto de su [padre] presida este al pueblo, no porque sabe, ó »puede, sino porque otro lo ganó por él ².» Esta doctrina, encaminada á perpetuar las clases privilegiadas, tan poderosas durante la República, se halla virtualmente rebatida por el mismo Séneca cuando escribe: «Concede el Rey á los dignos los honores: sus do- »nativos aun á los indignos. Reciben tanto el ladrón como el per- »juro y el adúltero, el grano de los pósitos; y sin distinción de »costumbres, cualquiera que es ciudadano, cuando hay algo que »sea dado como á ciudadano y no como á bueno, lo llevan por »igual los buenos y los malos. Hizo también Dios algunos dones á »todo el género humano, de los cuales nadie es excluido. Ni tam- »poco pudiera hacerse que fuera el viento propicio á los buenos »varones y contrario á los malos ³.»—Igual inconsecuencia mostró el hijo de Marco, al tratar de los beneficios: había susten-

1 Ciceronem filium quae res consulem fecit, nisi pater?... Cinnam nuper quae res ad consulatum recepit ex hostium castris? Quae Sextum Pompeium, aliosque Pompeios, nisi unius magnitudo? (*De Beneficiis*, lib. IV, cap. XXX).

2 In illius [patris] respectum iste Populo praesidat, non quia scit, aut potest; sed quia alius pro eo meruit (*De Beneficiis*, lib. IV, cap. XXXII).

3 Rex honores dignis dat, congiarium et indignis. Frumentum publicum tam fur quam periurus, et adulter accipiunt, et, sine delectu morum, quisquis incisus est. Quidquid aliud est, quod tanquam civi, non tanquam bono datur, ex aequo boni ac mali ferunt. Deus quoque quaedam munera in universum humano generi dedit, à quibus excluditur nemo: nec enim poterat fieri, ut ventus bonis viris secundus esset, contrarius malis (*De Beneficiis*, lib. IV, capítulo XXVIII).

tado y repetido en diversos pasajes, que el beneficio hecho á cualquiera, á ninguno era grato (*beneficium quod quibuslibet datur, nulli gratum est*), manifestando así que debía preceder á todo beneficio cierta elección y deliberado propósito ¹. Arrepentido sin duda de esta máxima, decía despues, al bosquejar el modelo del hombre verdaderamente magnífico, que lo era sólo «aquél que no »tanto tuvo voluntad, como declarado anhelo de favorecer á los »demás hombres ².» Y en otro lugar añadía: «Pero si ocurre al- »guna tardanza, evitemos de todas maneras el que aparezca que »hemos deliberado ³.» Donde se vé con toda evidencia desechada la doctrina antes presentada de una manera absoluta y concluyente.

Mucho habríamos menester extendernos para notar las innumerables contradicciones, en que el filósofo de Córdoba incurre ⁴. De grande efecto juzgamos sin embargo para completar este breve estudio, el dejar consignado que la misma duda y contradicción filosóficas ya reconocidas en las obras morales y políticas, hallamos también en las tragedias, siendo esta una de las más fehacientes pruebas que muestran la unidad interna de unas y otras producciones. Lícito nos será, aun á riesgo de acumular en este sitio algunos de los materiales que nos han servido para formar el juicio de Séneca que llevamos expuesto, el traer aquí varios ejemplos. En el *Edipo* decía, hablando de los reyes:

..... Odia qui nimium timet,

1 Id., lib. I, cap. XIV.

2 Qui non voluntatem tantum iuvandi habuit, sed cupiditatem (Id., lib. I, cap. VII).

3 Etiam si quid morae intervenit, evitemus omnimodo, ne deliberasse videamur (Id., lib. II, cap. I).

4 Este trabajo fué desempeñado, aunque bajo un solo aspecto y no de una manera satisfactoria, por el cronista de Castilla, don Alonso Nuñez de Castro, en un libro que dió á luz en 1651 con el título de: *Séneca impugnado de Séneca, en cuestiones políticas y morales*. Abrazando únicamente veinte cuestiones, sólo pareció aspirar Nuñez de Castro á dar á conocer los estudios que tenía hechos sobre el filósofo de Córdoba; pero aun así, creemos oportuno observar que no se levantó al verdadero terreno de la crítica, poniendo á Séneca en relación con el mundo político y moral en que vivía, para quilatar debidamente tanto sus errores y contradicciones como sus aciertos y sus virtudes. El libro de Nuñez de Castro es, sin embargo, útil y curioso.

Regnare nescit: regna custodit metus ¹.

En el *Hércules furioso*:

Ius est in armis, opprimit leges timor ².

y despues en el mismo acto y tragedia:

Omnis in ferro est salus ³.

En la *Thyestes* escribía, por el contrario:

..... Ubi non est pudor,
Nec cura iuris, sanctitas, pietas, fides,
Instabile regnum est ⁴.

Y en el ya citado *Hércules furioso*, exclamaba, tratando de la clemencia:

..... Quisquis est placide potens
Dominusque vitae, servat innocuas manus,
Et incruentum mitis imperium regit,
Animoque parcit ⁵.

Considerando en la *Medea* la magnificencia de los mismos reyes, asentaba:

..... Hoc reges habent
Magnificum et ingens, nulla quod rapiat dies:
Prodesse miseris, supplices fido lare
Protegere ⁶.

Y con análogo intento observaba en la *Thebaida*:

Qui vult amari, languida regnet manu.
Invisa nunquam imperia retinentur diu ⁷.

¹ Acto III, verso 704 y 705.

² Acto II, verso 253.

³ Verso 342.

⁴ Acto II, verso 215, etc.

⁵ Acto III, verso 739, etc.

⁶ Acto II, verso 222, etc.

⁷ Acto IV, verso 659, etc.

Teniendo en cuenta en el *Hipólito* la naturaleza del beneficio, añadía:

Dubiam salutem qui dat afflictis, negat ¹.

Quien se contradecía pues como poeta, al fijar dogmáticamente los caracteres de la potestad real, contradicción que aparece tan de relieve en el filósofo, ya respecto de esta, ya de otras cuestiones de igual bulto, mostraba claramente abrigar las mismas doctrinas en uno y otro concepto, llegando para expresarlas á emplear unas mismas palabras. En la *Troades*, por ejemplo, decía:

Est miser nemo, nisi comparatus ².

Dirigiéndose á Lucilio repetía: «Nemo miser, nisi comparatus ³.»

Estos ejemplos, que pueden fácilmente multiplicarse, prueban pues con toda evidencia, que sobre ser completa la identidad de los libros del filósofo y de las tragedias del vate, no puede aparecer mayor la integridad de la doctrina. Ya contemplemos al hijo de Marco Anneo meditando sobre la amistad ó el odio, ya sobre el amor ó la ingratitud; ora sobre la resignación, la constancia, la tranquilidad del ánimo ó la mansedumbre, ora en fin sobre la magnificencia, la vanidad, la soberbia ó la avaricia, siempre se ofrece á nuestra vista combatido de implacables dudas. Imposible es por tanto determinar, con el exámen crítico de sus obras filosóficas y morales, cuál es su última opinión sobre la variedad de asuntos y cuestiones que agita, así como tampoco es fácil deducir de sus tragedias la idea sustancial que sobre el arte dramática abrigaba. ¿Qué significa pues esta incesante fluctuación, que sin deslustrar la forma exterior de sus producciones, ni oscurecer el talento de este celebrado ingenio, le presenta á los ojos de la crítica como solícito medianero entre los más opuestos sistemas, siendo inútiles todos sus esfuerzos para lograr la fusión y amalgama de todos ellos?...

Ya lo dejamos indicado: en vano intenta el hijo de Marco, en

¹ Acto I, verso 113.

² Acto IV, verso 1021.

³ Epist. VI.

nombre de la filosofía estóica, subordinar la lógica á la moral; en vano creyendo fácil el ejercicio de las virtudes y señalando por norte de las acciones humanas la justicia y el bien, ensalza la razón y aspira á trazar el ideal del hombre honrado, concediendo toda supremacía al espíritu sobre la materia ¹: si en momentos dados vemos imperar sobre su alma aquella doctrina, lanzado de nuevo en el torbellino de las dudas, no puede ya satisfacerle ninguna de las escuelas filosóficas del caduco gentilismo, como no le habían satisfecho las bellezas creadas por el arte homérico: educado bajo el influjo de Epicuro y de Zenon, pagado de las doctrinas de Sócrates, Platon y Aristóteles, ni acierta á resolver, aunque lo anhela, las grandes cuestiones morales y religiosas, que se levantan á su vista, siguiendo los errores de los primeros, ni le es dado tampoco aplacar, con la enseñanza de los segundos, aquellas terribles dudas que combaten su espíritu. La vacilación entre todas las doctrinas le arrastra á contradecir alternativamente los más altos principios, consignados por aquellos grandes maestros, causándonos al cabo verdadera maravilla el considerar cómo un filósofo que hacía diario exámen de conciencia, llegaba á poner en duda la inmortalidad del alma, trás el exagerado menosprecio de la vida y el criminal anhelo del suicidio. «No es gran cosa vivir (repetía narrando el suicidio de Tulio Marcelino): todos tus sier-
»vos y todos los animales viven. Lo grande es morir honrosa,
»sábía y animosamente. Piensa pues cuándo debes hacerlo ². La
»necesidad (añadía á Lucilio) exige muchas veces tales egejemplos...
»Nadie es tan necio que desconozca cuándo debe morir... La vi-
»da, si falta valor para morir, es servidumbre. Temes la muerte:
»y ¿de qué modo, con incompleto deleite, la desprecias?... Quié-
»res vivir: sabes pues... Temes morir: ¿qué es ciertamente esta
»vida?... ¿no es muerte?... ³» Y para que en todas partes se re-

¹ Epists. VI, LIII y LXV.

² Non est res magna, vivere. Omnes servi tui vivunt, omnia animalia. Magnum est honeste mori, prudenter, fortiter. Cogita quamdiu iam idem facias (Epist. LXXVII).

³ Saepe enim talia exempla necessitas est... Nemo tam imperitus est, ut nesciat sibi quandoque moriendum. Vita, si moriendi virtus abest, servitus

flejara aquel inconsiderado estoicismo, que familiarizándole con la idea de la anulacion total de la materia, le hacia al cabo olvidarse de los destinos ulteriores del espíritu; para que la unidad de todas sus obras, no reconocida por los retóricos, fuese más palmaria y terminante, consignaba también en sus tragedias estas desconso- ladoras doctrinas. Demás de los pasajes arriba alegados, oigamos cómo en *El Agamenon* exclamaba:

O quam miserum es nescire mori!... ¹

Arrastrado en esta pendiente, decia en la *Troades*:

Post mortem nihil est, ipsaque mors nihil ².

Y más adelante, en la misma tragedia:

Miserrimum est timere, quum speres nihil ³.

¿Qué mayor estrago podian producir en la moral del poeta y del filósofo estas doctrinas, contradichas no obstante una y otra vez en sus obras? El discípulo del Pórtico y de la Academia comprende que se está operando en el mundo un cambio inaudito; y esto lo vé confirmado en las creencias y las costumbres de sus coetáneos, enflaquecidas las unas y corrompidas las otras al más alto punto. Pero ni hay en él fuerzas bastantes para fijar de nuevo las ideas, dejándose por el contrario arrastrar en el torrente de las circunstancias, ni en medio de la inquietud de su espíritu le es dado, sin verdadera fé, penetrar las causas de aquel espantoso caos, ni adivinar siquiera de dónde viene tan inesperado é incontrastable movimiento. Séneca reconoce tal vez el estado en que la humanidad se encuentra; pero no sabe adónde inclinarse para hallar la salvacion que anhela, ni aun despues de ver derramada, en medio de los aullidos de una plebe feroz, la sangre de los primeros mártires de Cristo. Aquel poeta de tan vasta erudi-

est... Mortem times: at quomodo illam media oblectatione contemnis? Vivere vis: scis enim... Móri times: ¿quid porro ista vita? non mors est?... (Id. id.).

¹ Acto III, verso 300.

² Acto II, verso 395.

³ Acto III, verso 423.

ción como vigorosa imaginación y elevado ingenio¹; aquel filósofo que á pesar de su nativa austeridad y fortaleza de alma, había sido espejo de todas las contradicciones humanas, dominado en los últimos años de su vida por acerba melancolía, se rindió al cabo en la lucha de las ideas; y murió como estóico, el que había admirado á Sócrates y á Platon y vivido como sibarita, predicando siempre la continencia y la pobreza. Ni aun en aquel momento supremo, en que se oyeron en sus labios saludables avisos políticos y morales, le fué dado salir del caos en que había yacido. Séneca presintió acaso que se levantaba en el mundo una doctrina sublime y salvadora, destinada á rescatar al género humano de la esclavitud y de la servidumbre; pero no le fué dado por desgracia gozar la libertad que de aquella doctrina santa emanaba². No sin fun-

¹ La erudición de Lucio Ánneo Séneca es sólo comparable á la prodigiosa memoria de Marco, su padre. Al leer sus tragedias, lo mismo que al estudiar sus *Epístolas* y sus libros morales y políticos, asombra en efecto la abundancia de ejemplos históricos, doctrinas, dichos y sentencias de todos géneros, tomados de las letras griegas y latinas, con que procura acaudalar sus tratados y autorizar sus palabras. Pero este afán y esta ostentación, que tan mal efecto producen andando los siglos, era ya clara señal de inminente decadencia literaria, y descubría sobre todo que quien con tanto anhelo buscaba la autoridad ajena, carecía de entera confianza en su propia doctrina. Séneca se revela con entera unidad bajo todos aspectos. Recordemos sin embargo que varios eruditos nacionales y extranjeros han formado, con los lugares comunes de sus obras, especiales tratados de *Filosofía moral* y de *Política*, punto sobre que puede consultarse á Rodríguez de Castro, pág. 59 de su *Bibl. Esp.*, tomo II.

² No olvidamos por cierto que varios autores designan á Séneca como *cristiano oculto*, fundándose en algunas indicaciones de Tertuliano, Lactancio, San Gerónimo y San Agustín, y principalmente en las supuestas epístolas de San Pablo, dirigidas al hijo de Marco, las cuales fueron traídas al castellano en la primera mitad del siglo XV con todas las demás de Séneca. Pero sobre haber contradicho ya semejante error respetables escritores, entre quienes se cuenta la autoridad de Erasmo, bastaría el exámen que dejamos hecho de sus obras para evidenciarlo. No creemos fuera de propósito el añadir que muchos años despues de terminado este trabajo ha dado á luz en la vecina Francia, con título de *Étude critique sur les rapports supposés entre Sénèque et Saint Paul*, el doctor M. Carlos Aubertin un estimable libro, en que se propone demostrar: 1.º Que Séneca no conoció personalmente á San Pablo, ni á ningun otro apóstol: 2.º Que no leyó ni las epístolas de San Pablo, ni libro alguno del Viejo y Nuevo Testamento: 3.º Que las epístolas apócrifas que se han conser-

damento, reconocidas y quilatadas las altas dotes que le enaltecen y caracterizan, asentamos pues al comenzar este estudio; que es Lucio Ánneo Séneca uno de aquellos grandes escritores, en cuyas obras se refleja con mayor brio y verdad el estado político y religioso de la sociedad en que florecen. No sin razón podremos ahora terminar diciendo que sus tragedias y sus libros filosóficos son el más claro espejo de aquella afrentosa caducidad y de aquel vago y ardoroso anhelo que combaten desapoderadamente al antiguo mundo, anunciando ya como inevitable la prodigiosa transformación á que le había destinado la Providencia.

Mas el ejemplo de Lucio Ánneo Séneca no es único en las esferas del ingenio español, ni la escuela por él abrazada deja de tener denodados é insignes imitadores. Fijemos nuestras miradas en los que mayores lauros alcanzaron y más íntimamente se enlazan con el poeta-filósofo de Córdoba.

vado con nombre de Séneca y de San Pablo, son las mismas que se leían en tiempo de San Gerónimo y San Agustín; y 4.º Que Séneca debe las máximas de su filosofía y de su moral á sí mismo, á sus antepasados, y al nuevo espíritu que fuera del Cristianismo comenzaba á derramarse en la sociedad y á preparar el advenimiento de la religión cristiana (Intr., págs. 13 y 14). Tenemos singular placer en manifestar aquí, que si no aceptamos de lleno todas las conclusiones del jóven doctor, no podemos menos de aplaudir el acierto que en las más cuestiones demuestra. Añadiremos por último, que el error que combatimos tuvo grande apoyo en la edad media, porque corrieron entre los doctos muchas obras de los PP. con nombre de Lucio Ánneo, conforme tendremos ocasión de comprobar oportunamente en esta historia, y hemos apuntado ya en las ilustraciones á las *Obras del Marqués de Santillana* (páginas 638 y 639).